



Cuando el marqués de la Ensenada supo por Scotti, el *valet* de Isabel Farnesio, que le iban a nombrar ministro de Hacienda, Marina, Guerra e Indias, se apresuró a rehusar el nombramiento. *Yo no entiendo una palabra de Hacienda* –contestó el marqués–; *de Guerra, lo mismo con corta diferencia; el comercio de Indias no ha sido de mi genio, y la Marina en que me he criado es lo menos que hay que saber para lo mucho que la piedad de los Reyes quieren poner a mi cargo.* [1]

La respuesta puede parecer una prueba de humildad, pero en realidad, era protocolaria. El *En sí nada* trataba de demostrar, una vez más, su absoluta entrega a los reyes Isabel Farnesio y Felipe V: no era nada, ni sabía nada –decía–, pero les serviría, lo que tenía más mérito. Por eso, mientras repetía retóricamente sus negativas, se apresuraba a preparar el viaje –a acatar la orden– desde Chamberi, donde recibió la noticia el 25 de abril de 1743, a Aranjuez, donde, el 8 de mayo, se postraba ante los *amos*.

Había servido ya a dos infantes, a Carlos, sentado en el trono de Nápoles desde 1734, y a Felipe, del que era su secretario y su hombre de confianza, desde 1737. Conocía a la reina y al personal cortesano, y sabía cómo humillarse para no despertar envidias; de paso, recibía algún halago... Era el protocolo obligatorio para quien venía de pobre.

LAS PRENDAS DEL APRENDIZ DE TODO

Y es que el marqués de la Ensenada arrastró siempre, como un estigma, su origen humilde. Él mismo jugaba con el significado del título que le había concedido en Nápoles, en 1736, el futuro Carlos III: era un *En sí nada*. Al cardenal Valenti, su amigo, le decía: *Vuestra Eminencia siempre será el que es, y yo, en un accidente, seré nada*; a Farinelli, le escribió el 15 de junio de 1754, a poco más de un mes de su caída, con lo mismo: *aunque soy nada, amo mi reputación como si fuese algo*. Al fin, el *En sí nada* fue desterrado a la *Gran nada* –un nuevo juego de palabras, éste debido al ingenio de sus enemigos Wall y Huéscar, la ciudad donde vivirá desnudo como nuestro *padre Adán* (al revés, *nada*). Los pasquines hablaban de la sorprendente desgracia del que fue *mucho Ense, mucho Ense, y ahora era nada Nada, nada Nada*.

Zenón de Somodevilla y Bengoechea, el primer marqués de la Ensenada, fue mucho, en efecto: el padre Isla dijo de él que era *el secretario de todo* y en un alarde de pasión por su amigo, le llamó *el mayor ministro de la monarquía desde su erección* [2]. En realidad, Ensenada ejerció de primer ministro, sin título, igual que Choiseul o Pombal. Y desde luego, forjó un proyecto político global, quizás el primero del Despotismo Ilustrado español. Fue como Floridablanca, sólo que con menos aparato jurídico [3].

La familia de Felipe V (L.M. van Loo, Museo del Prado). Fragmento.

[1] Una idea de conjunto, GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: *El proyecto reformista de Ensenada*. Lleida, 1996. Sigue siendo útil RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, Ensayo biográfico*. Madrid, 1878. También, BOUVIER, R. y SOLDEVILLA, C.: *Ensenada et son temps. Le redressement de l'Espagne au XVIII^e siècle*. Paris, 1941.

[2] Véase OLAECHEA, R.: "Política eclesiástica de Fernando VI", en VV.AA.: *La época de Fernando VI*. Oviedo, 1981, pp. 139-226.

[3] La valiosa idea es de Roberto Fernández. Véase su excelente *Manual de Historia de España*. t. 4. *La España Moderna, siglo XVIII*. Madrid, 1993.

[4] La escasez de personal y la falta de profesionalidad en la Marina, que se intentó paliar en 1717 con la creación de la Escuela de Guardias Marinas, provocaba ascensos rápidos. Véase PÉREZ-MALLAÍNA BUENO, P.E.: *Política naval española en el Atlántico, 1700-1715*. Sevilla, 1982, p. 427. No se debe olvidar que la Marina, y en general el ejército, fueron en el siglo XVIII escuela de científicos, políticos, hasta literatos; hombres de mundo, gente cosmopolita, menos pacata siempre que los universitarios y los “legistas”, ensimismados y soberbios, a los que tanto despreciaba Ensenada. Véase OZANAM, D.: “La política exterior de España en tiempo de Felipe V y Fernando VI”, en *Historia de España de MENÉNDEZ PIDAL*, Ramón: t. XXIX, vol. I. Madrid, 1985, pp. 443-699.

[5] FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: “Noticia biográfica del marqués de la Ensenada, por...”, Madrid, 1831”. Otro riojano ilustre que glosó la figura del marqués fue Amós Salvador. Su discurso, premiado en los juegos florales del Ateneo de Logroño, fue publicado en esta ciudad en 1885.

[6] Véase GÓMEZ MOLLEDA, M.D.: “El marqués de la Ensenada a través de su correspondencia íntima”, en *Eidos*, 2, 1955, pp. 48-90. Sobre su estancia en Granada, hay cartas del espía que le puso Wall, algunas transcritas por Rodríguez Villa. Sobre la estancia en El Puerto, adonde se trasladó con permiso real, hay noticias procedentes de un archivo privado, en ABAD LEÓN, F.: *El marqués de la Ensenada, su vida y su obra*. Madrid, 1985.

[7] Es de interés para los últimos años de vida del marqués, EGUÍA RUIZ, s.j., P.C.: *El Marqués de la Ensenada, según un confidente*. Madrid, 1922.

[8] Véase FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P.: “El decreto de suspensión de pagos de 1739. Análisis e implicaciones”, en *Moneda y Crédito*, 142, 1977, pp. 51-85. OZANAM, D.: “Notas para un estudio de los presupuestos de la monarquía española a mediados del siglo XVIII”, en *Dinero y Crédito. Siglos XVI al XIX*. Madrid, 1978, pp. 49-62.

Pero también fue *nada*. Lo fue por nacimiento, pero también por designio de quienes le habían dado todo: los reyes a los que sirvió. Fernando VI lo desterró a Granada el 20 de julio de 1754, cediendo a los deseos de los poderosos enemigos del marqués, entre ellos al que más ganó con la jugada maestra: el embajador de Inglaterra, Benjamin Keene. Años después, en medio del motín contra Esquilache, Carlos III, que le había perdonado y admitido en la corte en 1760, le volvió a desterrar, esta vez a Medina del Campo, la ciudad que, como la *Gran nada*, permitía otra vez el trampantojo barroco: la otrora opulenta ciudad mercantil floreciente, ahora triste y decaída, recibía al que lo fue todo y ahora sólo esperaba humildemente *gozar en gracia el Eterno*. De nuevo, era nada.

El *En sí nada*, el hijo de un hidalgo pobre riojano, había nacido en Hervías, donde fue bautizado *de urgencia* el 25 de abril de 1702. Poco después, el día 2 de junio, pasó por la pila de la iglesia de Alesanco, el pueblo vecino donde el padre tenía reconocida la hidalguía, que transmitiría al hijo como derecho *pilongo*, es decir, derecho adquirido en la pila bautismal; pero el padre, como muchos hidalgos riojanos de procedencia vasca, era pobre. Además murió pronto, dejando desvalidas a la madre y las hermanas del futuro marqués, que emigró a Madrid, casi un niño, y después, a Cádiz, donde empezó su sorprendente carrera en la Marina [4]. Nada más sabemos hasta que Patiño lo encontró ya sirviendo en los *barcos del rey*, la escuela donde aprendió y en la que conoció a muchos de los grandes personajes que luego le irían abriendo camino.

Su única formación había sido la dura experiencia, la vida militar y la administración de la Marina; nunca pisó una universidad, ni tuvo preceptores, ni sabía más lenguas que un poco de italiano y menos francés, idiomas aprendidos en los campamentos militares. Quizás por contrarrestar su origen, fue barroco en las apariencias, pomposo en su prosa, efectista y desordenada, y esclavo del lujo en el atuendo. En ello ya reparó su primer biógrafo, el también riojano Martín Fernández de Navarrete [5], lo que resalta en el majestuoso retrato que le hizo Amiconi. Sin duda, en un mundo de privilegios, hubo de igualarse a los *grandes* en las formas, ya que no era posible hacerlo en los requisitos, la sangre y, a esas alturas del siglo, también el dinero.

Dotado para la amistad, tuvo muchos y leales amigos, a quienes colocó en la primera línea política, llegando a formar una red clientelar basada en la lealtad política al *jefe*. Con ellos supo mandar, gozar de la vida, y también afrontar la adversidad [6]. Apasionado de los jesuitas, fue muy religioso, pero como buen español, lo fue a su manera. Un pasquín aparecido tras su *primera* caída decía: *parecía buen cristiano, pero no se le conoció confesor*. Todos alabaron la sincera y tranquila muerte cristiana de don Zenón, que le llegó en Medina del Campo, el destino de su segundo destierro, el día 2 de diciembre de 1781 [7].

EL MINISTRO DE HACIENDA, EN GUERRA

Si Ensenada no sabía nada de Hacienda al llegar al Ministerio, al menos podía recordar los dolores de cabeza que les había producido a sus antecesores. Mientras Patiño y Campillo estuvieron obligados a pagar la guerra, no hubo forma de equilibrar *el globo* que les hacía *naufagar*. Ensenada se asombraba de lo que había que improvisar para *ir tirando* y del desbarajuste de la recaudación, del *vicio de la prodigalidad* y de la *ignorada o desatendida virtud de la economía*, pero nada se podía hacer sino mantenerse en la política *Grand Borbón* de la Parmesana y hacer la guerra a media Europa, aunque fuera en condiciones desastrosas. *Ni aun para el prest del ejército había dinero*, le dice Ensenada a su amigo Valenti, en 1751, recordando la situación que encontró al llegar al ministerio. Ensenada había sufrido de cerca la bancarrota de 1739 como secretario del almirante Felipe, y ya como ministro, había padecido las duras campañas de Lombardía, que desesperaban a su amigo el general Mina por las humillaciones de los franceses, y que tenían un efecto desastroso en la Hacienda [8]. Según calculó el propio Ensenada en 1747, la última guerra había costado sesenta millones de escudos, y eso que el marqués no podía imaginar los desastres navales que estaban por llegar al año siguiente, mientras se firmaba la paz de Aquisgrán. Sabía, sin embargo, que no había suficiente para acometer una campaña más: *para que se salga del año de 1748 en la forma que del de 1747, faltan 6.700.000 escudos*, le dijo al rey, de manera que había que llegar a la paz incluso aunque, como ya se sabía, ciertos derechos de España –Gibraltar,



Retrato de don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada (anónimo) (Propiedad del marqués de Fuerte Híjar).

Menorca– quedaran al margen del tratado de Aquisgrán. No importaba. Como dijo Carvajal, *la paz nos deja hábiles de hacer prodigios si supiéramos*. El nuevo rey iba a ser obligatoriamente *El Pacífico*.

La guerra había terminado, pero además, en 1746 había muerto Felipe V, Isabel Farnesio vivía «exiliada» en La Granja, y Fernando VI estaba siendo convencido de que cumpliría su misión histórica como el rey que sabría sacar provecho de la neutralidad [9]. Sonaba al fin la hora de poner en práctica los proyectos que los ministros soñaban, muchos de los cuales rondaban desde hacía tiempo por las secretarías. Eran ideas de los modernos proyectistas, de Loynaz, de Zabala y Auñón, de Ustáriz, de Bartolomé Sánchez Valencia, incluso del propio Carvajal, el nuevo ministro de Estado que había puesto por escrito, como Campillo, algunas de sus ideas económicas [10]. También Ensenada, a su manera, había escrito sus proyectos. Les llamó *representaciones*, pues su objetivo era «representar» al rey sus ideas y proyectos de la manera más sencilla, incluso didáctica, pues, como decía el padre Rávago, confesor de Fernando VI, *el rey se aflige con papeles largos* [11].

Había que convencer al rey de la necesidad de acometer los proyectos –*Señor, lo que no se empieza no se acaba*, le repetía Ensenada–, pues se corría el riesgo de que el *árbitro de la paz* se contentara con esperar el gratificante efecto de la ausencia de gasto militar, sin tocar nada el «sistema». Sin embargo, los ministros, tanto Carvajal como Ensenada, no le dieron tregua: tenían todo pensado para cuando llegara la paz.

[9] Labor de Ensenada, que “fabricó” al rey neutral que necesitaba para sus proyectos: *que conozcan las potencias extranjeras que hay igual disposición en el Rey para empuñar la espada que para ceñir las sienes con oliva*. El rey no se desprestigiaba por ser pacífico. Véase LÓPEZ CORDÓN, M.V.: “Bases institucionales y sociales de la acción exterior española en el siglo XVIII” en *Estado y fiscalidad en el Antiguo Régimen*. Murcia, 1989. También OZANAM, D.: “La política exterior...”, y su imprescindible, *La diplomacia de Fernando VI. Correspondencia reservada entre don José de Carvajal y el Duque de Huéscar, 1746-1749*, Madrid, 1975.

[10] El Testamento político de Carvajal, así como un excelente estudio sobre el ministro, en DELGADO BARRADO, J.M.: *José de Carvajal y Lancaster. Testamento político o idea de un gobierno católico (1745)*. Córdoba, 1999. Véase también, GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L. y DELGADO BARRADO, J.M., (eds.): *Ministros de Fernando VI*. Universidad de Córdoba, 2002. La compilación de muchas ideas ensenadistas, en ZABALA Y AUÑÓN, M.: *Representación al Rey...*, Madrid, 1732. Las mejores ideas, en CAMPILLO, J.: *Lo que hay de más y de menos en España para que sea lo que debe ser y no lo que es [1741-1742]*. Ed. y estudio preliminar de Antonio ELORZA. Madrid, 1969. Sobre Sánchez Valencia y la idea de “catastrar”, véase la excelente obra de CAMARERO BULLÓN, C.: *El debate de la Única Contribución. Catastrar las Castillas*. Madrid, 1993.

[11] Las representaciones, en RODRÍGUEZ VILLA, A.: *op. cit.* También en ANTEQUERA, J.M.: *Memorias del marqués de la Ensenada a Fernando VI*. Madrid, 1884. La de 1751, íntegra y bien estudiada, en OZANAM, D.: “Representación del marqués de la Ensenada a Fernando VI (1751)”, en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 4, 1980, pp. 67-124. También, en FERNÁNDEZ DURO, C.: *La Armada española desde la unión de los pueblos de Castilla y León*. Madrid, 1895-1903.

En la página siguiente, Bárbara de Braganza recibiendo a la Música. (BN).

Durante todo el año 1748, decreto tras decreto, Ensenada fue presentando a Fernando VI lo que iba a ser la reforma hacendística más importante de la España del Antiguo Régimen. Después, comenzaría la otra gran empresa: un extraordinario rearme naval que, como vio el astuto Keene, no podía tener otro objetivo que *perjudicar a Inglaterra* ^[12]. Lo que, en efecto, era necesario si se quería evitar la pérdida de América.

LAS INTUICIONES DEL REFORMADOR

Pero todo debía empezar por la Hacienda –*el fundamento de todo es el dinero*, le decía Ensenada a Valenti–, y para ello, era necesario convencer al timorato Fernando VI de que además de pacífico debía ser reformador, una audacia que, conociendo las prendas personales del rey, parecía imposible a todas luces.

Para vencer los escrúpulos regios, Ensenada se pertrechó de un «equipo terapéutico», formado por la reina, Farinelli y el confesor, que le allanaban el camino, hablándole antes al rey ^[13]. Así Fernando VI se creía docto en cualquier materia, seguro por tener información y conocimientos, y tranquilizada su conciencia por el confesor, lo que en un hombre de sentimientos religiosos tan primarios era fundamental. Conviene recordar que proyectos como el Catastro o la negociación del Concordato con la Santa Sede venían produciendo graves disputas teológicas, sobre todo por el grado de contribución del clero al Estado, el *pantano* de la primera mitad del XVIII. Era previsible que en cuanto se desempolvaban los viejos proyectos, los Consejos eternizarían los debates y a los informes seguirían las apelaciones, mientras los teólogos y los juristas practicarían su distracción favorita, «enredar el mundo»; lo que Ensenada, que conocía estas «guerras de religión», no iba a permitir. La firma del rey allanaría todos los obstáculos, mientras la red ensenadista, instalada en todas las instancias, mantendría entretenidos a los burócratas, sesudos doctores y dogmáticos legistas, que quedaban así desactivados.

El plan de reforma de la Hacienda era presentado por Ensenada con suma sencillez. En una representación de 1747 lo sintetizaba en dos acciones complementarias: una, *irla descargando*, la otra, *aumentar su entrada*. La descarga, sin minorar sueldos ni pensiones, y atendiendo a *la decencia* del rey y de su servicio, pues *en un Monarca tan grande es propio el dar y no el quitar*; el aumento, *con alivio y no con gravamen del vasallo*, pues *la monarquía más opulenta es la más rica, y por eso las bien gobernadas cuidan, con preferencia a todo, del Real Erario y de que los vasallos no sean pobres*.

La clave de todo el proceso estaba ya en la representación de 1747, en la que Ensenada anunciaba también el Catastro, la *única contribución*, la abolición de las *rentas provinciales*, el fin de los intermediarios, así como muchas de las reformas que aliviaron el gasto suntuario, entre ellas, la reforma de las Casas Reales ^[14]. Todo parecía sencillo: se trataba de ahorrar en gastos superfluos y de aplicar el sentido común a la recaudación: *Que pague cada vasallo a proporción de lo que tiene, siendo fiscal uno de otro para que no se haga injusticia ni gracia*.

La sentencia ensenadista es asombrosa para la época, pero no hay que hacerse ilusiones: Ensenada no pretendía la justicia social, sino la opulencia de la Corona, que sólo se podría conseguir si pagaban impuestos los vasallos ricos, no los pobres: una obviedad. Con todo, Ensenada, quizás sin pretenderlo, rozaba el límite de las posibilidades de reforma social que permitía el Antiguo Régimen al tocar el «privilegio» de no pagar; al menos, sus palabras son seguramente las más críticas que haya pronunciado un ministro de Hacienda en ejercicio contra una sociedad que basaba precisamente en la exención de impuestos el privilegio distintivo de sus clases dirigentes.

Veamos otro ejemplo: *compónese la Hacienda de varios ramos, pareciendo que los más de ellos han sido inventados por los enemigos de la felicidad de esta Monarquía*. Suena a Campillo, en efecto, y el concepto *felicidad* no se aplica al individuo; sin embargo, lo que sigue, nada menos que la denuncia de la causa de la decadencia de España, es aun más vitriólico en boca de un ministro: *contribuyendo a proporción mucho menos el rico que el pobre, éste se halla en la última miseria*. De ello provenía además, según el marqués, la ruina de la agricultura y de las fábricas. No sólo el país era pobre, lo era también el rey. Ensenada, que veía *las poderosas casas que hay en Madrid* y los ricos *hombres de negocios*, españoles y extranjeros, no lo podía consentir.

[12] Véase LODGE, R.: *Studies in Eighteenth Century Diplomacy (1740-1748)*. Londres, 1930; y el más interesante, *Private Correspondence of sir Benjamin Keene*. Cambridge, 1933. También, PETRI, CH.: "Estudio de las relaciones angloespañolas: Fernando VI y Sir Benjamin Keene", en *Revista de estudios americanos*, Sevilla, 1958, vol. 84-85, pp. 107-126.

[13] *Dios ha destinado a Vuestra Majestad para restablecer la opulencia y el antiguo esplendor del dilatadísimo imperio español*. Frases como ésta eran utilizadas constantemente por Ensenada con el fin de ganarse la confianza del rey. Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: *Fernando VI*. Madrid, 2001. Sobre el papel de la reina, véase PINTO FERREIRA, J.A.: *Correspondencia de don Joao V e D^a Bárbara de Braganza, Rainha de Espanha, 1746-1747*. Coimbra, 1945; BARRENECHEA, M.T.: "María Bárbara de Braganza, princesa de Asturias" en *Eidos*, 4, 1956; GARCÍA RIVES, A.: *Fernando VI y D^a Bárbara de Braganza. Apuntes sobre su reinado (1746-1759)*. Madrid, 1917. Sobre el confesor, ALCARAZ GÓMEZ: *Jesuitas y reformismo. El padre Rávago*. Valencia, 1996.

[14] GÓMEZ CENTURIÓN, C.: "La reforma de las Casas Reales del marqués de la Ensenada", en *Cuadernos de Historia Moderna*, 20, Madrid, 1988, 20, pp. 59-83.





Cartera de Despacho de Marina de Ensenada. (MN).

LA REFORMA ENSENADISTA, EN ACCIÓN

El ministro era consciente de que sus proyectos contenían en sí potenciales conflictos. El Catastro era complejo técnicamente, políticamente arriesgado, pues recordaba al *cadastre* catalán, castigo de guerra, y podía suscitar la reticencia y aun la oposición de las clases privilegiadas, clero y nobleza. La abolición de las rentas provinciales y la disminución de los *jurros* produciría con seguridad una merma en los ingresos, pero además, había que esperar airadas protestas de los intermediarios, ricos e influyentes hacendados provinciales que se lucraban con su arriendo. La reforma de las Casas Reales, en fin, podía soliviantar a gente tan soberbia y altanera como los nobles cortesanos, que se verían insultados por un don nadie.

Ensenada tenía previstos estos riesgos, por eso extremaba las precauciones. Sobre el Catastro repetía que lo había visto en Saboya no en Cataluña ^[15], y para convencer a los más timoratos realizó una experiencia piloto en Guadalajara, que fue un éxito. Con todo, fue el primero en saber que la *Única* era imposible de aplicar y, sin embargo, dejó que la operación de catastrar terminara. Era un pantófilo –su obra más ilustrada es sin duda el Catastro–, y se dio cuenta de que estaba almacenando millones de datos, el mejor complemento del mapa de España que proyectaba. Además, no iba a presentar un flanco débil a los enemigos, aceptando un fracaso: no era propio de un déspota de su tiempo.

Sin embargo, lo que más le preocupó, la abolición de las rentas y la supresión de intermediarios –a los que insultó sin freno: *destrucción del vasallo, ruina del comercio y de la libertad con que florecen otras monarquías*, les llamó ^[16]–, se logró en medio de una gran tranquilidad, lo contrario de lo que produjo la reforma de las Casas

[15] Fue cuidadoso con las diferencias entre los españoles, consciente de que casi la mitad había perdido una guerra, la llamada de Sucesión. Por ejemplo, al llegar al trono Fernando VI estuvo muy interesado por las reacciones en Cataluña, que le contaba el marqués de Campofuerte desde Barcelona. Ensenada quería demostrar lo importante que era *acercar al amor del amo a los catalanes*. Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: *Fernando VI...*, *op. cit.*

[16] Cfr. BN, mss. 1326. Todavía se despachó más a gusto el marqués tras el éxito de la reforma: Los arrendadores *saben que eran triplicadas sus escandalosas ganancias y sus desperdicios para corromper a unos, adormecer a otros y engañar a los demás (...) lo que no han sacado los arrendadores en general de los pueblos ha sido porque no lo han dado de sí*. En la *Representación* de 1751, íntegra en OZANAM, D.: *op. cit.*

Reales, una de las heridas que algunos nobles tenían abiertas todavía cuando cayó el marqués el 20 de julio de 1754. Algunos resentidos, como el conde de Montijo, que había sido desplazado al llegar Fernando VI al trono, vieron engrosar sus filas con algunos, pocos, que no pudieron sufrir la reforma y presentaron su dimisión. Pero el marqués estaba en el cenit del poder, y además tenía dinero, lo que ya pudo exponer al rey, eufórico, en la magna representación de 1751.

La Hacienda tenía fondos –*ni sé cómo los hubo, ni cómo los hay ahora para lo necesario*, decía el marqués–, y los tenía también el mismo Ensenada, convertido por *este arbitrio que descubrió la casualidad a impulsos de la economía* –así calificó a su invento, el Real Giro– en el primer banquero de España. Ensenada iba a ser el único gobernante en el siglo que tuviera unos «fondos reservados» casi ilimitados. Además, los utilizó con suma eficacia e incluso con honradez: el marqués, bien pagado y mejor gratificado por sus reyes, no se dejó tentar; fue hombre desprendido, como deja ver su propio testamento.

El Real Giro, el respaldo de los proyectos más ilustrados del marqués, fue creado en 1749 para pagar las deudas en el extranjero. Ensenada pretendía evitar los beneficios de los intermediarios –la *tiranía de los banqueros*–, a quienes, como a los arrendadores de rentas provinciales, censuraba por sus ganancias –hasta el 20% de los capitales, según Ruiz Martín ^[17]–, pero también por la inseguridad que suponían para el comercio exterior, pues *los hombres acaudalados y acreditados (...) han sido algunas veces engañados porque el cambista con poco dinero suyo gira mucho sobre el ajeno*.

Con el tiempo, las sucursales del Real Giro –París, Roma, Amsterdam, etc.–, dirigidas por enseñadistas de la máxima confianza, fueron verdaderas agencias al servicio del marqués. Igual eran utilizadas para “ayudar” a estudiosos, espías industriales, pensionados, en sus viajes por Europa; que para gratificar a un ministro, a un periodista o a un sicario; tanto para llenar el bolsillo del nepote del Papa, como para pagar el importe de unos diamantes, una sortija, unas perlas, regalo de los reyes en su cumpleaños (o de algún cortesano a quien se pagaba un favor, fuera en París o en San Petersburgo).

El marqués no llevaba los asuntos exteriores, pero era el hombre mejor informado de lo que pasaba en Europa: pues pagaba bien. Conocía la corte de Francia al detalle –a través de confidentes, entre ellos la Pompadour–, tan bien como su *creatura* Jorge Juan conocía los arsenales de Londres, y Antonio de Ulloa los puertos y las fábricas de Francia y Holanda. Igual en Roma que en París, se sabía que Ensenada era agradecido. Por eso tenía espías en los consulados, cada vez más numerosos desde la paz, y muchos fieles entre los militares, españoles y algún extranjero, que conoció en Provenza y Lombardía. Su sombra y su bolsa llegaban hasta la mismísima cátedra de San Pedro, de donde vendrá el “monumento” del *Concordato*, el fruto característico de la manera de hacer de Ensenada: en secreto, y con dinero.

PAZ Y PROYECTOS

A la altura de 1751, la reforma enseñadista había triunfado. El Catastro estaba en marcha, las rentas y los intermediarios se habían abolido –*se han arrancado las rentas de las manos de los arrendadores, que son los que despóticamente se han utilizado en ellas*–, los juros se estaban liquidando, y el Real Giro procuraba enormes ganancias. En 1751, Ensenada podía exclamar eufórico que *las rentas reales que existen han tenido en el año de 1750 el aumento anual de 5.117.020 escudos de vellón sobre el valor de las de 1742*.

El monto total que calculaba sobrepasaba los 26,5 millones (más unos 6 millones de escudos que valían las remesas de Indias y que el marqués no contaba, destinándolas a redimir la deuda) ^[18]. Además, comprobaba que con el Real Giro, al año de funcionar, se habían ganado 1.831.911 escudos, un notable beneficio que no haría sino aumentar en el futuro.

Como él, que era ya inmensamente rico, la Monarquía opulenta de Fernando VI asombraba a Europa. El de Madrid era el mejor teatro de Europa –a decir de Keene–, las joyas destinadas a Fernando VI y a Bárbara de Braganza llegaban de todo el mundo –encargadas por el experto Ensenada–; la Villa y Corte se remozaba, y los Sitios Reales –el palacio Nuevo sobre todo– seguían siendo un Babel de artistas. Lo mismo ocurría en

[17] RUIZ MARTÍN, F.: “La banca en España hasta 1782”, *La Banca en España. Una historia económica*. Madrid, 1970, pp. 159-160. Véase también CARRERA PUJAL, J.: *Historia de la Economía Española*. Barcelona, 1945, vol. III, cap. XI.

[18] En OZANAM, D.: “Representación del marqués...”, p. 79. Las cifras que Ensenada acompañaba a la representación eran 21.590.629 reales para 1742 y 26.707.649 para 1750. Fernández Albadalejo da 23.622.844 y 27.934.301, respectivamente, pero, en cualquier caso, el porcentaje de aumento es sensiblemente parecido. FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P.: “El decreto de suspensión de pagos...”, p. 77 y OZANAM, D.: “Representación del marqués...”, p. 102, n. 30.



Retrato de Fernando VI. (BN).

[19] Véase HELGUERA, J.: "Aproximación a la historia del Canal de Castilla", en *El Canal de Castilla*. Madrid, 1986, pp. 59-162; CAPEL, H. y otros: *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*. Barcelona, 1968; PÉREZ SARRIÓN, G.: *El canal Imperial y la navegación hasta 1812*. Zaragoza, 1975.

[20] OLAECHEA, R.: *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del XVII. La Agencia de Preces*. Zaragoza, 1965, recientemente reeditado por la Fundación de Historia Moderna. También EGIDO, T.: "El regalismo y las relaciones Iglesia-Estado en el siglo XVIII", en *Historia de la Iglesia en España*, vol. IV. Madrid, 1978.



El marqués de La Mina, estrecho colaborador de Ensenada, primero como comandante en jefe de las tropas españolas que combatían en Italia, y luego en España. (BN).

[21] Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: *Fernando VI... op. cit.*, especialmente cap. I, 3.

los arsenales, donde trabajaban ingenieros extranjeros, miles de artesanos y obreros, amén de vagos y gitanos, mano de obra barata apresada en las redadas –la cara más negra del marqués–, que lograrían poner en servicio más de 40 navíos artillados.

La misma actividad febril se notaba en algunas reales fábricas, el "ramo" al que se dedicaba más tenazmente Carvajal; y en la construcción y arreglo de caminos –el de Madrid a Barcelona, o los que se abrían en Navarra y en Santander–, así como en el puerto de Guadarrama, que le hacía decir a Rávago que parecía obra de romanos. También se trabajaba en el canal de Castilla y pronto se reanudarían las obras en el Canal Imperial de Aragón, visitadas en tiempo del marqués de la Ensenada por un jovencísimo conde de Aranda que empezaría la revitalización de la célebre «acequia» antes que Pignatelli, su definitivo ejecutor [19].

Era el cenit del poder ensenadista: el marqués podía blasonar también de haber logrado el *Concordato*, una pieza maestra de la negociación secreta, tan secreta que no se enteraron ni el cardenal Portocarrero, embajador en Roma, ni el nuncio Enríquez, ni el mismísimo ministro de Estado, Carvajal. Lo habían negociado en Roma dos acérrimos ensenadistas, Ventura Figueroa y el cardenal Valenti, con el conocimiento del padre confesor. Fieles al estilo de Ensenada, no escatimaron gastos. Pagaron de golpe 1.148.333 escudos, además de 174.000 que se concedieron a Valenti, y otras sumas que fueron a parar a la bolsa de algunos cardenales. Hasta el nepote del Papa cobró. Sin embargo, las rentas que cedía Roma a la Hacienda del rey pronto compensaron estas cantidades. En definitiva, el que parecía derrochador *Concordato* fue también un negocio [20].

A la altura de 1752-53, el proyecto ensenadista ya era una realidad, o mejor, un conjunto de realidades. Muchos de los grandes problemas de la Monarquía, enquistados durante décadas, estaban en vías de solución. Había dinero, hombres preparados y proyectos. Los propios intelectuales, desde Feijoo a Flórez, saludaban los éxitos del gobierno, mientras el rey y en general la corte mostraban su satisfacción ante lo que creían una España feliz, una *España discreta* en el concierto de las naciones, una España que aceptaba su *origen histórico* –ahí está Sarmiento con su plan iconográfico para el Palacio Nuevo– y que se atrevía a interpretar dos hechos nuevos a la luz de nuevas realidades: el advenimiento de la nueva dinastía –Fernando VI había nacido en Madrid– y la pérdida del imperio, aceptada por fin tras asistir a los últimos arrebatos farnesianos.

El propio Fernando VI rubricaba el fin de una época y de unas ideas: la España Nueva, con su rey español –y Borbón– y sus ministros, tenaces y leales, el tándem Carvajal–Ensenada, ajustaba cuentas con el pasado en función del presente y del futuro. Parece exagerado esto último, pero se puede comprobar: léase el preámbulo a las *Ordenanzas de Intendentes*, firmado por el rey el 13 de octubre de 1749: *Cuarenta y ocho años de sangrientas y continuadas guerras que han sufrido mis reinos y vasallos, la esterilidad y calamidades que han experimentado en tan largo tiempo por la falta de cosechas, comercios y manufacturas, las repetidas quintas y levas que han sido inexcusables para contener el orgullo y obstinación de sus enemigos y conservar con mis reales dominios el honor de la corona, son las causas que han reducido a un deplorable estado su gobierno económico, la administración de la justicia y la causa pública, porque todo se ha confundido con el ruidoso estrépito de las armas* [21]. Esto lo firmaba nada menos que el rey, el hijo de Felipe V. Evidentemente, el que había ideado el texto era don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada, un hombre que podía hablar de un *deplorable estado* en el pasado, pues presentaba un panorama risueño en el presente.

DINERO Y ... HOMBRES CAPACES

El fundamento, en efecto, era el dinero, como dijo el propio Ensenada; pero la explicación del éxito rotundo que coronó el proyecto ensenadista durante los seis años de esplendor (1748-1754) está en los hombres que lo desarrollaron. Por empezar por alguno de la larga nómina de brillantes *ensenadistas* nadie más singular que el célebre marino, matemático y espía Jorge Juan. En la plenitud de su vida, el que sería amigo íntimo de Ensenada fue llamado a la corte, con su compañero Antonio de Ulloa [22], para encargarle un servicio a todas luces sorprendente: meterse en los mismísimos arsenales de Londres, copiar planos y maquetas del sistema de construcción naval inglés, e incluso contratar a ingenieros para traerlos a los arsenales españoles. Los dos



marinos, que regresaban de la mal llamada expedición de La Condamine –el que se arrogó todo el mérito, silenciando a los españoles y a Louis Goudin– [23], debieron quedar atónitos al escuchar al marqués de la Ensenada, que, tras exponer el plan londinense reservado a Juan, se explayaba con Ulloa en otro tan ambicioso –un viaje de *observación* hasta San Petersburgo– aunque bastante menos arriesgado que el de meterse en el corazón de la armada del secular enemigo en el mar, la «pérfida Albión» (Ensenada tenía por seguro que volvería a estallar el conflicto anglo-español en el mar, inevitable cuando estaban por medio las Indias).

El plan de espionaje dio comienzo rápidamente –era la marca de la casa: rapidez y eficacia–: el 1 de marzo de 1749 Juan y sus dos jóvenes compañeros, José Solano (que sería años después capitán general y marqués del Socorro) y Pedro de Mora, llegaban a Londres. El día 6, Juan escribía la primera carta. Lo que el embajador Ricardo Wall no había podido hacer en meses por ser un hombre público conocido, más carvajalista que partidario de Ensenada –y también, un rancio y encopetado embajador de gabinete y protocolo–, lo hacía nada más llegar el intrépido Jorge Juan, disfrazado y con nombre falso. Wall llegó a bromear a costa de la enorme actividad del marino, siempre al borde de la cárcel –la entrada de extranjeros en los astilleros estaba rigurosamente prohibida–, con sus compañeros españoles y con algunos nuevos compinches, como el padre Lynch, un cura católico que observaba todo lo que pasaba en el Támesis. Le debía hacer gracia al embajador que para pasar más desapercibidos los “estudiantes de matemáticas” españoles, que se llamaban *mr. Joshua* o *mr. Sublevant* –los *alias* de Jorge Juan–, fingieran enemistad con él.

Juan debía guardarse de la policía e informar directamente al marqués, con quien había convenido un sistema de cifra único. Así, Ensenada leía su primera carta londinense, seguramente admirado por la eficacia de Juan: *en el río* –le decía el espía– *están fabricando por el rey siete navíos nuevos de sesenta y setenta cañones, además de una fragata de veinte y un navío de sesenta renovado*; luego, Juan aseguraba al ministro que no olvidaba su misión principal: traer a España a *los más hábiles constructores*. Y en efecto, *day to day*, el plan se desarrolló admirablemente: al poco, llega un cargamento a Cádiz con toda clase de instrumentos de cirugía, libros, planos; luego un telar para los Gómez Moreno de Granada, después el primer ingeniero, luego una imprenta, luego otro ingeniero: según cálculos de J. P. Merino Navarro, Jorge Juan consiguió hacer llegar a los arsenales de Cádiz, Cartagena y Ferrol más de cincuenta técnicos ingleses en diferentes artes náuticas [24].

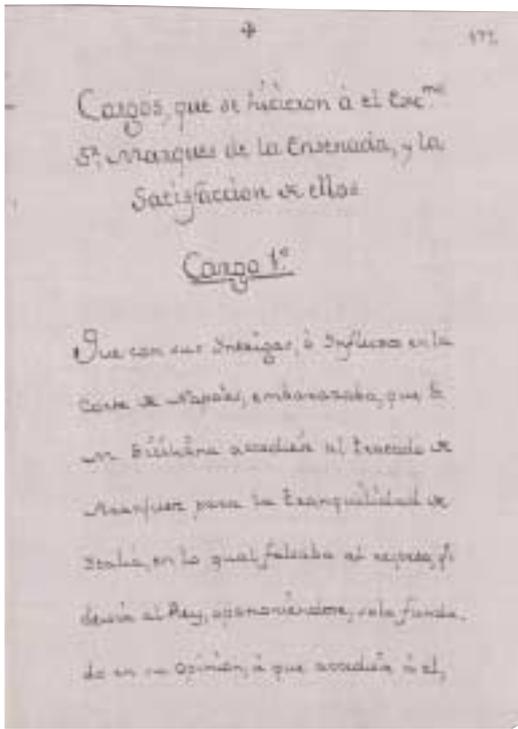
A la izquierda, Benjamin Keene, embajador de Gran Bretaña en la corte de Fernando VI. Sus intrigas contribuyeron decisivamente a la caída de Ensenada. (British Museum).

A la derecha, José de Carvajal y Lancaster, ministro de Estado. (BN).

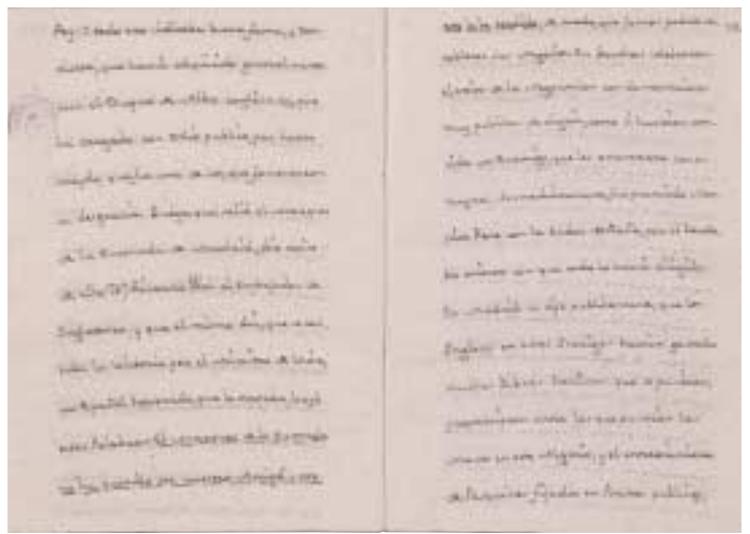
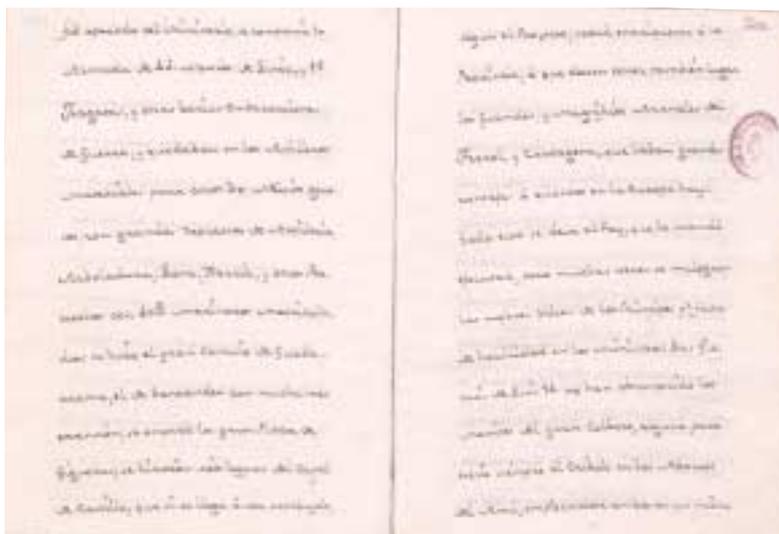
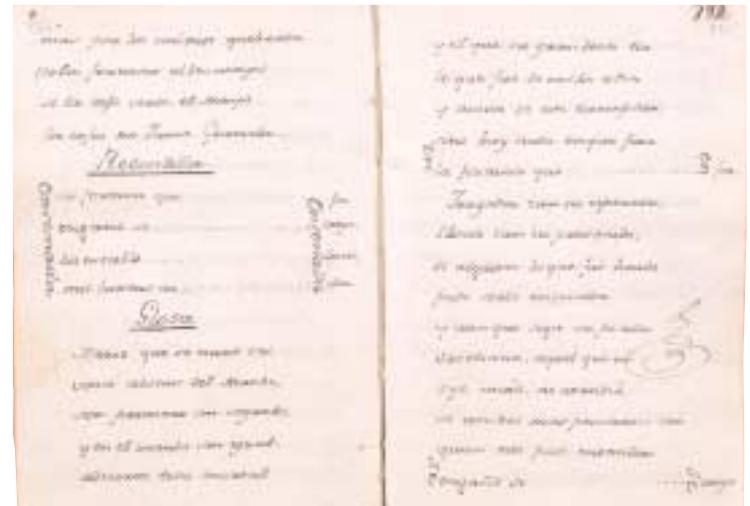
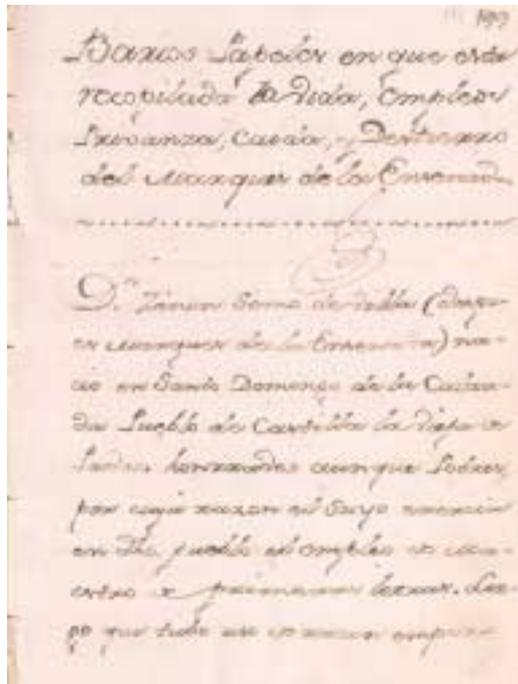
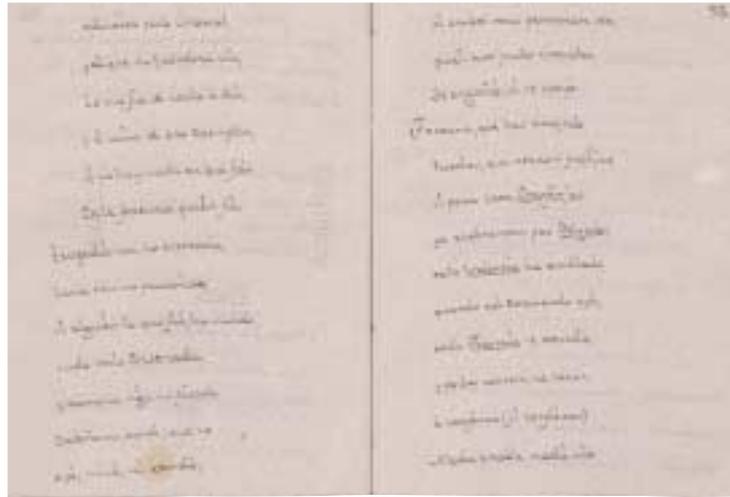
[22] Como tantos navegantes y científicos españoles no encontraban quien reparara en su genio hasta dar con Ensenada en su propio despacho. J.F., Guillén, relata el encuentro. Cfr. GUILLÉN TATO, J.F.: *Los tenientes de Navío Jorge Juan y Santacilla y Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral y la medición del Meridiano*. Madrid, 1936, p. 163 y ss.

[23] Los marinos dejaron testimonio de la expedición en *Disertación histórica y Geográfica sobre el Meridiano de Demarcación entre los Dominios de España y Portugal...*, Madrid, imp. de Antonio Marín, 1749.

[24] MERINO NAVARRO, J.P.: *La Armada Española en el siglo XVIII*. Madrid, 1981, p. 50.



En la Biblioteca Nacional, Madrid, se custodian varios documentos sobre la vida del marqués de la Ensenada, su labor al frente de los cuatro ministerios y a los cargos que se le imputaron a su caída, así como diversas coplillas alusivas a la misma.





Al final, lo más temerario: sacar de Londres a las mujeres de los ingenieros que ya habían llegado a España (algunos, como Bryant, engañados por Jorge Juan). El plan fracasó, pues la policía descubrió el verdadero destino de aquellas mujeres. Parece que una delató la operación, pero Juan se quejaba del cura, de su celo indiscreto. El ardor religioso del padre Lynch, que se puso a *decir su misa* en el muelle antes de embarcar, alertó a la policía, que impidió el viaje y encarceló a los secuaces del espía. Con todo, Juan logró esconderse y salir de Londres en el *Santa Ana*, un barco de Santoña. Seguramente salvaba así la vida, pues sus sorprendentes andanzas eran ya conocidas incluso por los ministros ingleses que iban tras él, sobre todo después de haber conseguido sacar de Londres a los mejores ingenieros navales, los Rooth, Mullan, Sayers, Clark, etc. Curiosamente, los escrúpulos religiosos, el temor a la Inquisición, del que hablaba Wall, nunca se manifestaron: nadie molestó a los ingleses, de los que sólo conocemos su *posición* religiosa cuando para casarse con españolas abrazaban el catolicismo. Sorprende que un «jesuitón» como Ensenada pasara por alto este extremo (o mejor, no sorprende en quien le confesaba al cardenal Valenti su relativismo en cuestiones de religión: la religión, por detrás de la Razón de Estado, y *por las contingencias*, le llegó a decir a su amigo, el secretario de Estado del Papa). [25]

El viaje de Ulloa fue menos espectacular, pero igualmente eficaz. A través de la observación del gran ilustrado Ulloa, Ensenada conoció los grandes avances que se producían en Francia, Holanda, Dinamarca y Alemania. Las instrucciones a Ulloa demuestran que el pantófilo ministro era insaciable: el viajero deberá enviar mapas de fortificaciones, de puertos, canales y obras públicas –hay siempre en Ensenada el espíritu del siglo *camino*–, pero también de otros aspectos prácticos, de la industria, del comercio o de la política. El sistema de limpieza de una ciudad tan grande como París o el archivo de la corte de Versalles le interesaban para copiar en Madrid uno y otro: Madrid era la ciudad más sucia de Europa, se decía; y el archivo de la

La defensa de los territorios americanos frente a las continuas agresiones y avances ingleses en la zona fue objetivo prioritario del proyecto ensenadista. (Ataque británico a Cartagena de Indias, 1741. (MN).

[25] Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: *El proyecto...*, *op. cit.*



En la página anterior, muestras de lacre enviadas desde Londres, junto con la correspondencia relativa a las labores de espionaje desarrolladas por Jorge Juan durante su estancia en la capital británica. Como puede verse, en muchos casos las cartas enviadas por Juan a Ensenada eran cifradas.

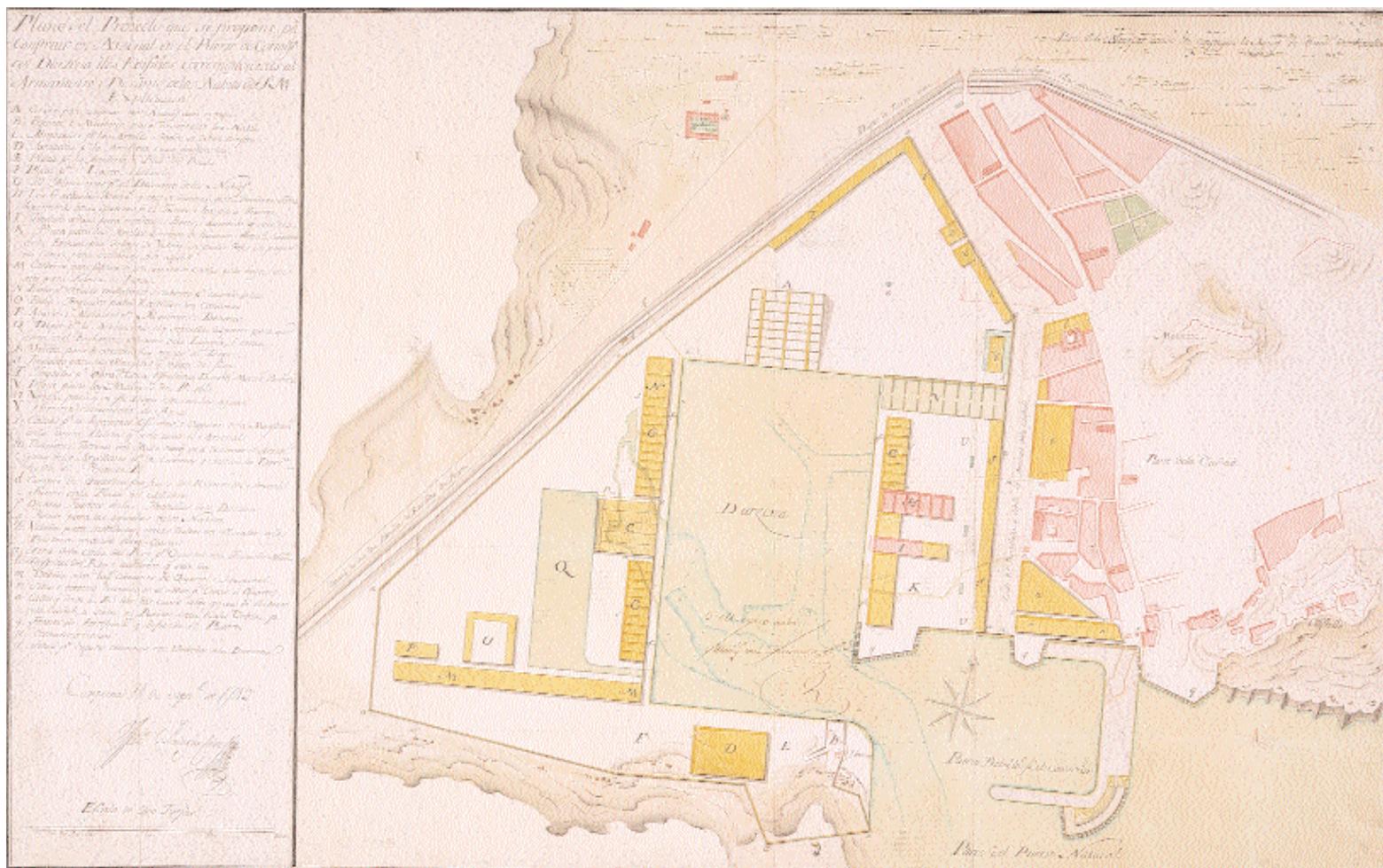
Jorge Juan (a la izquierda) y Antonio de Ulloa (abajo) –marinos que habían participado en la expedición científica al Virreinato del Perú cuyo objetivo era la medición del grado del arco meridiano– fueron dos de los más estrechos colaboradores de Ensenada en su esfuerzo por allegar toda la información posible sobre los avances que se estaban produciendo en la industria, la marina y las infraestructuras en Europa. (MN y BN, respectivamente).

Monarquía española estaba en Simancas: se tardaba un mes en poder leer un papel, lo que Ensenada, que pensaba ya en un archivo en Madrid, no podía sufrir.

La experiencia de los dos marinos confirmó las ideas del marqués: había que salir a Europa, para que nos enseñen hoy lo que antes España, más adelantada, les enseñó [26]. Los españoles habían perdido el tiempo durante el siglo anterior, el del funesto barroco, el de la ensimismación y el drama interior, el de la vida es sueño; para Ensenada y sus amigos, su siglo era el de la utilidad, la práctica y la ciencia. Por eso, lo que empezó siendo un goteo de expediciones individuales –además de Juan y Ulloa, viajaron también con cometidos científicos Bernardo Ward o Tomás López, por ejemplo– se fue trasformando en el primer plan de ampliación de estudios en el extranjero. Para ello Ensenada contó con sus leales de la embajada de París, Pignatelli, Masones, Luis Ferrari, y con su brazo derecho Ordeñana y con Antonio de Ulloa en Madrid (también con el marqués del Puerto, en Holanda, o con sus amigos de Roma, por el momento más preocupados del Concordato y de acoger a los artistas que enviaba Carvajal desde la recién creada Academia de San Fernando).

[26] En palabras escritas por el marqués: *Dar ayudas de costa a los que se envíen fuera del reino para instruirse de la artes, comercio, fábricas, cultivo de los campos, frutos nuestros que estiman las naciones, etc., porque habiéndose esto, tan sabido en el siglo xv, olvidado en España, es menester que se procure enseñar y arraigar en sus naturales, inventando por sí.*





Plano del arsenal de Cartagena levantado por Sebastián de Feringan con el concurso de Antonio de Ulloa y enviado a Ensenada en 1749 junto con un informe sobre la situación de las obras del mismo. (Dicho informe puede verse en A. Marzal y C. Camarero: *Cartagena en 1755, según las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada*. Madrid, Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria). (AGS).

[27] Ferrari a Ordeñana, 29 de abril de 1752, en RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Don Cenón de Somodevilla...*, p. 365 y ss. Sobre la labor de protección científica que desarrolló el pionero Ensenada y su influencia en la generación apoyada por los gobiernos de Carlos III, véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L.: "Antes de los Delhuyar: la promoción política de la ciencia en España", en TARACHA, C. (redaktor), *Wę Wspolnej. Polska-Hispania. XVI-XX wiek*. Lublin, KUL, 2001, pp. 133-168.

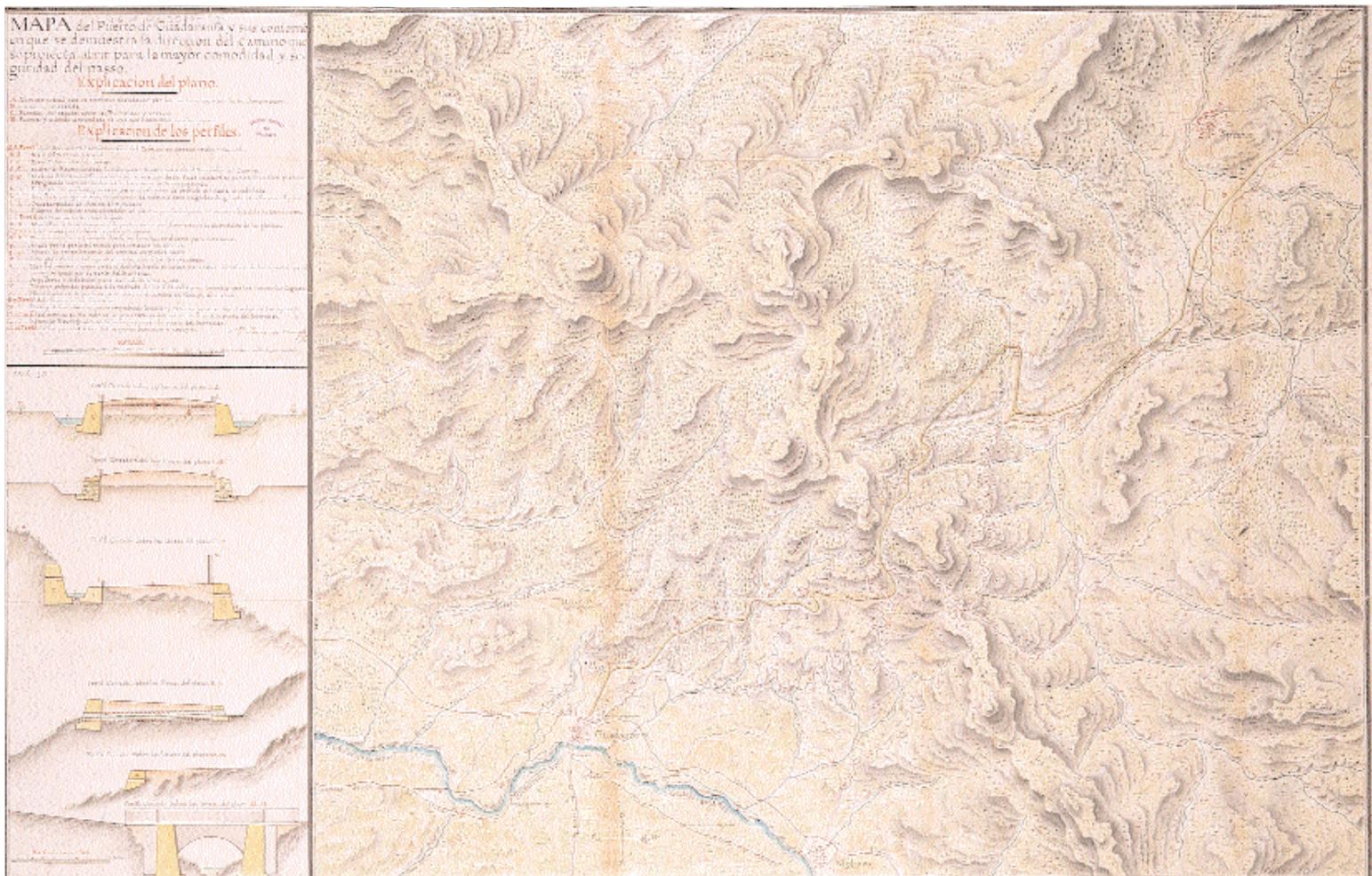
[28] Véase TÉLLEZ ALARCIA, D.: "Guerra y regalismo a comienzos del reinado de Carlos III: el final del ministerio Wall", en *Hispania*, LX, 3, 209, 2001, pp. 1051-1190. Del mismo autor, un excelente artículo, en prensa, en la Revista de Historia Moderna de la Universidad de Alicante, sobre el tópico de la anglofilia del jacobita Wall.

[29] FERNÁNDEZ DURO, C.: *La armada...*, op. cit. De gran interés, por sus novedosas aportaciones, MARTÍNEZ SHAW, C. (ed.): *El derecho y el mar en la España Moderna*. Granada, 1995.

En abril de 1752 había ya resultados prácticos: nada menos que un plan reglado *para educar en París jóvenes españoles que aprendiesen todas las artes*, elaborado por Ordeñana y Ulloa. En adelante, a los médicos, los químicos, los geógrafos –es decir, matemáticos–, les seguirán los damasqueros, los talladores en acero, los diamanteros, los charolistas, los fabricantes de lacre, un conjunto de artesanos cuya labor culminará en el reinado del incensado Carlos III. El filósofo que acabó siendo Antonio de Ulloa pensó también, coincidiendo con el médico y también filósofo Andrés Piquer, en que los estudiosos traerían: *la preciosa ventaja de una educación culta, pulida y honrosa* [27].

El plan duró poco, pues Ensenada *cayó* el 20 de julio de 1754. Unos días antes de ser enviado al destierro, Ensenada sabía por el embajador Masones que uno de los mejores oculistas de París había firmado al fin el contrato para venir a la Corte de Madrid, donde debía enseñar a los médicos madrileños gratis, visitar los hospitales y atender en su casa una hora por la mañana y otra por la tarde *pour guerir par charité les pauvres*. Quizás era el comienzo de un plan a la inversa, algo parecido a lo que había hecho Jorge Juan con los ingenieros navales. En cualquier caso, quedó en suspenso, como tantos proyectos iniciados por el marqués, desterrado en Granada, ante el estupor de toda Europa.

El sistema de construcción naval a la inglesa fue pronto abandonado; la estrella de Jorge Juan se eclipsó ante los nuevos gobernantes, rutinarios y sobre todo temerosos de los ensenadistas (y de los jesuitas, y de los colegiales); Juan Fernández de Isla dio con sus huesos en la cárcel. El catastro, que se retomó con Carlos III, fue también abandonado en la década de los setenta, tras haber hecho una "revisión" que demostró la complejidad añadida de la puesta al día de los datos –las compraventas, las herencias, etc. El plan de pensionados en París se abandonó pronto; ni Masones, sospechoso de ensenadista, ni Ferrari, que acabó durmiendo algunos días en La Bastille y luego huyendo, siguieron adelante con las ideas del marqués y de su fiel



Plano levantado para la apertura del camino de Guadarrama, del que dijera el padre Rávago: *parece obra de romanos*. (AGS).

Ordeñana, desterrado a Valladolid. Los cerebros económicos, Orcasitas, Banfi, Francia –el futuro marqués de San Nicolás– habían sido exonerados también.

En definitiva, del proyecto ensenadista sólo quedó un buen recuerdo en todos los estadistas que ocuparon el poder en adelante, en parte, porque el futuro vino a dar la razón al marqués. España acabó entrando por fin en guerra nada más llegar el esperado Carlos III, con lo que el nuevo rey empezó frustrando el más importante fundamento del ensenadismo: la paz *a la espera*, como definió astutamente Ensenada a la *pax fernandina*, en realidad un plan de rearme de «ocho años» que, evidentemente, todavía no podía dar sus frutos en 1760, sobre todo teniendo en cuenta la interrupción de 1754. Faltaban algunos años, como había previsto Ensenada. La desgraciada invasión de Portugal, al mando de un *ilustrado* conde de Aranda, y los desastres navales, el de La Habana por ejemplo, venían a dar la razón al caído [28]. Con todo, la legión de aduladores del nuevo rey allanó el camino de su fama, que empezó en vida.

LA FAMA PÓSTUMA DEL EN SÍ NADA

La obra ensenadista más conocida y recordada es el Catastro, pero la más duradera ha sido el *Concordato* de 1753, vigente doscientos años. Con todo, salvo para los estudiosos, Ensenada no es un hacendista precursor y genial; su fama ha quedado más acrisolada por su obra en la Marina, en la que todavía hoy es más recordado y celebrado. El marqués reposa en el panteón de marinos ilustres, en la bahía de Cádiz donde empezó a servir al rey, y su recuerdo es omnipresente en los escenarios actuales de la Armada española, por ejemplo, en el Museo Naval o en el buque que lleva su nombre. Todos los estudiosos de la marina y de América en el XVIII han de toparse con Ensenada, aunque no lo saluden como Cesáreo Fernández Duro que le brindaba un

[30] Véase SÁNCHEZ ORTEGA, M. H.: *Los gitanos españoles*. Madrid, 1977. GÓMEZ ALFARO, A.: *La gran redada de gitanos*. Madrid, 1993. LEBLON, B.: *Los gitanos de España*. Madrid, 1985. Una revisión, en *La Aventura de la historia*, GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., "Despotismo sin Ilustración: el marqués de la Ensenada y la "extinción" de los gitanos", (en prensa).

[31] Véase GÓMEZ URDÁÑEZ, J.L., "El duque de Duras y el fin del ministerio Ensenada (1752-1754)", en *Hispania*, 201, 1999, pp. 217-249.

[32] Sobre Ricardo Wall y la política posterior a Ensenada hay que esperar muchas novedades de la tesis que prepara D. TÉLLEZ ALARCIA; también, sobre la red ensenadista, en la que trabaja C. GONZÁLEZ CAIZÁN, ambos, becarios de investigación de la Universidad de La Rioja y del I Plan Riojano de I + D.



Ricardo Wall, nombrado ministro de Estado a la muerte de Carvajal.

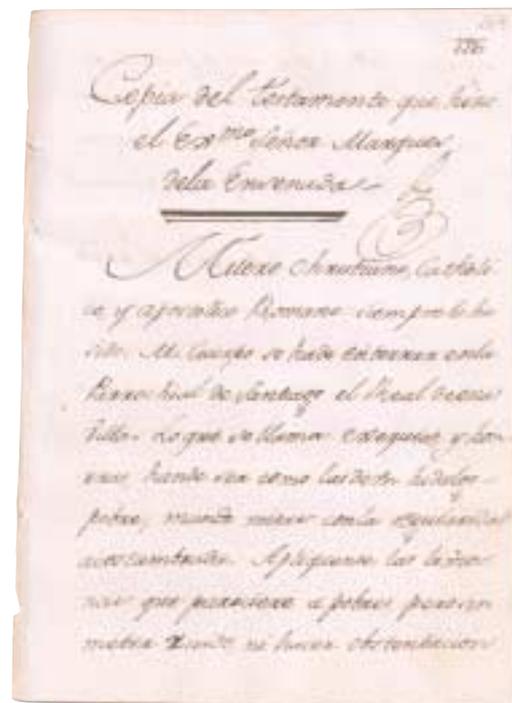
“¡Paso al genio!” para abrir el capítulo correspondiente de su monumental obra [29]. Con todo, no hay prácticamente detractores del ensenadismo en la historiografía, salvo en el asunto de los criminales planes para exterminar a los gitanos, una política cruel que hay que situar en su tiempo y que al menos sirvió para que nadie volviera a intentar un plan como el proyectado por el marqués. Su pretensión de *acabar con tan malvada raza* fracasó rotundamente, en buena parte por la resistencia de los gitanos y la entereza de las gitanas –unos y otras fueron separados para impedir que siguieran procreando–; así, en definitiva, aunque tanto Campomanes como Aranda pensaban igual que Ensenada, las crueles medidas de los años cincuenta demostraron que ese no era el camino, y se abrió paso la idea más tolerante de la asimilación, que acabó poniendo en práctica Floridablanca [30].

Como hacendista, Ensenada ha sido objeto de estudios muy serios, y el Catastro se divulgó hace unos años en la preciosa colección *La alca-bala del viento*, una gran idea impulsada por C. Camarero Bullón, que debiera continuar. Como fuente, es habitualmente utilizado, y cada día se comprueba su extraordinaria fiabilidad. Sin duda, el estado llano confió en aquel proyecto, en el que se veía declarar también a la nobleza y al clero.

Los proyectos y las reformas del hacendista han hecho reflexionar a los mejores historiadores, también su caída en 1754, y más aún, el sorprendente destierro definitivo al que le condenó Carlos III durante el motín de 1766. De su primera desgracia conocemos el *dramatis personae*, los ejecutores y el instrumento [31], de la segunda, muy poco. Quizás las razones de la “real gana” de Carlos III queden en la sombra para siempre, ... una vez más.

Con todo, se anuncian novedades. Fuentes nuevas, de diferentes archivos españoles y sobre todo extranjeros, permitirán conocer mejor la *red ensenadista*, las relaciones de las *hechuras zenonicias* con hombres de negocios y con las cortes extranjeras; también alumbrarán sobre la política que siguieron los sucesores del marqués; quizás así podamos comprobar que, a pesar de que Valparaíso no estaba a la altura de Ensenada en Hacienda, ni Wall fue un «primer ministro» –ni quiso serlo–, el ensenadismo siguió influyendo hasta el final del reinado de Fernando VI, el rey que, a su muerte en 1759, entregó a su hermanastro Carlos III los cofres de la Hacienda repletos de escudos de oro y plata [32].

Y es que lo más excepcional de la política ensenadista sigue siendo, con todo, que los enormes gastos de los primeros años cincuenta no hicieran naufragar el *globo* –así llamaba a la Hacienda el que decía no entender nada– y dar en tierra con su piloto, don Zenón de Somodevilla, el ministro que al final, en confesiones a su amigo Valenti, le decía: *yo mismo me sorprendo de mi origen humilde y de la monstruosa fortuna que he hecho*.



Páginas de una copia del testamento de Ensenada. (BN).

Nota de los gastos que han quedado por hacer...	
Don Juan de Carvajal, Incañada & Incañada	80
Mas de las de Carvajal	80
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	60
Mas de las de Carvajal de don Juan de Carvajal	110
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	30
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	130
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	8
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	6
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	4
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	28
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	4
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	2
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	6
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	4
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	6
Don Juan de Carvajal, y Carvajal de don Juan de Carvajal	4